

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

IDENUNCIADOS!

El último número de DON QUIJOTE ha sido también denunciado.

¿Por qué?

Por una serie de horrendos y espantables delitos: por ataques á la moral y á las buenas costumbres, por ofensas al clero, por desacato á la majestad de la Divina Providencia, y por no sabemos cuántas otras cosas más...

Y, sobre todo y ante todo, porque la libertad de la prensa es un hecho, y porque el liberalismo del ministerio Sagasta es un hecho también.

Pero conste que DON QUIJOTE ni se dobla ni se rompe, lo mismo que el Sr. Silvela.

¡Y que al freir será el reir!

CRISTO EN MONTMARTRE

(Impresión del cuadro célebre de Beraud.)

Allá, en el último término, en la lejanía, recordada por los tonos hermosos del crepúsculo, aparece la silueta de la ciudad, con sus altas torres, remates luttuosos de la casa de un Dios á cuyas puertas llaman inútilmente el abandonado y el hambriento, con sus chimeneas rojizas, por las que brota en forma de humareda oscilante y ne-gruzca, el sudor de miles y miles de trabajadores; con sus edificios gallardos, donde el rico triunfa y se divierte; con sus casucas desenguadernadas, donde el miserable sucumbe y maldice. En el interior de su recinto habitan hombres que no son hermanos ni vecinos siquiera son; hombres que, al encontrarse en la calle, cambian entre sí miradas de desprecio y odio; hombres entre los que existen relaciones muy semejantes á las que tiene el arriero con su bestia y la prensa del lagar con el fruto jugoso del olivo. Allí está la ciudad, la mole egoísta, la aposentadora insensible de dos castas; la que trabaja y la que explota, con un apeadero para la fortuna: la Bolsa, y otro apeadero para la desgracia: la Morgue...

Allí está, y enfrente de ella, sobre el pelado y escueto cerro de Montmartre, un grupo de obreros sostiene el cadáver de Cristo, el apóstol de la mansedumbre, el maestro de amor, el propagador incansable de la fraternidad humana.

En aquel cadáver está representado todo lo que en la gigantesca ciudad no existe: consuelo, paz, redención, justicia.

Y los obreros lo sostienen con sus manos trémulas, y lo contemplan con mirada de infinita angustia; parece que no se atreven á dejar caer en la fosa aquel cuerpo querido muerto; que no se deciden á enterrarlo, y á enterrarlo definitivamente; el muerto está muerto de veras, sin milagro de apelación, sin resurrecciones posibles. Está muerto, porque después de tantos siglos transcurridos, sus máximas de concordia, de ternura, de igualdad humanas, de extinción de clases y derrumbamiento de privilegios, máximas que habían de realizarse por la predicación y la mansedumbre de los unos, por el convencimiento y la caridad de los otros, no se han realizado porque la desigualdad subsiste, y el privilegio permanece, y el fuerte se apodera del débil, y el poderoso se utiliza del miserable, y la doctrina del Maestro de verdades, es un hermoso é inútil sueño de poeta.

Por eso lloran; porque el muerto les era querido; porque con él se va el último beso que nos deja la niñez en el alma: la creencia, porque sólo pueden ya decir, encarándose con el cadáver del mártir sublime: Dios de bondad, la justicia que nos has ofrecido no quieren dárnosla; hay que tomarla... ¡Necesitamos vengar tu derrota!

Y mientras ellos se postran de rodillas ante el Crucificado, otro obrero, con el brazo extendido, amenaza á la ciudad que se descubre allá, en la lejanía, recordada por los tonos brumosos del crepúsculo...

Tal es el famoso cuadro de Beraud; maravilloso como obra de arte; terrible y gigantesco como símbolo de un porvenir cercano.

Aún sufren y lloran en silencio los que trabajan, los que tienen hambre y sed de justicia. Aún se resisten á enterrar el muerto, á despedirse para siempre del apóstol de la resignación, del sufrimiento y de la humildad.

Se resisten; pero un cadáver no puede tenerse

eternamente entre los brazos, y ya lo ha soltado de los suyos el obrero que avanza hacia la ciudad con el puño cerrado, los ojos amenazadores y el corazón ardiente de venganza...

JOAQUÍN DICENTA

Después del juicio.

De toda eternidad venía el Ser Supremo contemplándose en sus soledades: ¿Cómo, cuándo, por qué surgió en el Espíritu infinito la idea de la creación? ¿Qué motivo pudo determinar que fuera un momento ese mundo que nunca antes fué y nunca después será? ¿A qué ese Universo cuya vida, por más que se dilate en inmensidades de siglos, llenará apenas un instante fugitivo en la inmortalidad del eterno solitario del cielo?

¿Quién sabe! Ello así lo cuentan. En un instante indivisible del infinito tiempo, la mente divina concibió el plan y la voluntad absoluta se determinó á ejecutarle. Entonces se realizó el gran milagro. De nada se hizo todo. A impulso de la voz creadora surgieron el espacio, la materia, la fuerza, la forma. Los mundos llenaron la extensión vacía. La luz iluminó los ámbitos; el calor vivificó á los seres. La vida nació en el seno de lo inorgánico. Soplo Dios y apareció el alma.

Tiene el aislamiento sus inconvenientes, pero también sus ventajas. La creación fué para su autor motivo de grandes preocupaciones y cuidados. El hombre, sobre todo, le dió muchos disgustos. Eligió como suyo á un pueblo y le resultó discolo, infiel, corrompido, idólatra. Envío á su propio hijo para redimir á los humanos del pecado, y la redención alcanzó á muy pocos y los humanos siguieron pecando. Luego vinieron el progreso, las revoluciones, la ciencia, el descreimiento. La Santa Iglesia de Dios sufrió muchas tribulaciones. Bien es verdad que, en compensación de tamaños sinsabores, los hombres dieron á su divino Creador el espectáculo de tantas y tales tonterías, que jamás de una vez en el transcurso de los siglos la faz del Altísimo se desarrugó y de sus labios brotó la risa, sin ser parte la propia voluntad omnipotente á contenerla.

Aún no fué el de la impiedad el más triste de los espectáculos que el mundo ofreció á su autor. Dominando el *hosanna* de los sacerdotes mezclado y confundido con el holocausto de los fieles, llegó incesantemente á sus oídos el inmenso gemido que exhala la creación entera, el bárbaro clamor de la cruel batalla de la vida, el grito del dolor, a queja de la opresión, el sollozo del infortunio, el rugido de la desesperación y el estertor de la agonía. Oyó lamentos, blasfemias, maldiciones, conjuros, ruegos, alaridos, ruido de cadenas y rechinar de dientes. El mal entero de lo creado, toda la abominación de la existencia, se alzó hasta su trono inmortal como una protesta y un lamento. ¡Cuántas, cuantas veces en la larga duración de las edades, el Artífice del Universo, conmovido por el inmenso infortunio de los seres, contemplando la desdichada condición de sus criaturas, á fuer de sabio, á fuer de santo, á fuer de misericordioso, á fuer de justo, se habrá arrepentido de su obra!

Todo acaba en el mundo, el mundo inclusive. Apareció por fin la aurora del día anunciado, del día temido, del día de la justicia, de la ira, de la expiación y del juicio. Todos los culpables de haber vivido comparecieron como reos en el valle de Josafat. El Juez ocupó el estrado. Abrióse el juicio oral y público. Ofició el diablo de fiscal y el ángel guardián de abogado. Uno á uno, todos los humanos fueron desfilando ante el temido tribunal. Largo, muy largo tiempo duraron los debates forenses. Mas, pronunciada al cabo la inapelable sentencia, dióse el mundo por finiquitado, pasando á sus respectivas y perdurables moradas los santos y los réprobos.

Una vez ultimada la liquidación definitiva de la vida, plugo á Dios contemplar el resultado. Y he aquí lo que vió: Allá arriba, en inmensurables alturas, un puñado de justos gozaba la beatitud un tanto monótona, de la paz y bienaven-

turanza eternas. Allá abajo, en el insondable abismo, la inmensa, la prodigiosa muchedumbre de los condenados, se retorcia desesperada entre tormentos sin nombre que nunca deben acabar. Y entre el cielo y el infierno, el Universo, vuelto al caos, aparecía informe, monstruoso, obscuro, frío, desolado, como un enorme cementerio de mundos muertos.

De nuevo resonó potente entonces por las huecas concavidades del vacío la voz augusta á cuyo mágico conjuro la creación saliera de la nada. Y aquella voz, decía:

—Pues señor; bien pensado, la verdad es que he hecho un pan como unas hostias.

ALFREDO CALDERÓN

EL HIMNO DEL GLADIADOR

Soy gladiador porque la paz embota las duras armas del valor antiguo: los ciudadanos bien cebados, piden hembras y vino.

Soy gladiador porque en mi pecho siento tronar las voces y crujir los himnos, con que mis padres á triunfar corrían enardecidos.

Nacido soy para empuñar las armas: para el trabajo y el luchar continuo, y entre los hombres de bordadas tunicas paso inactivo.

Yo os aconsejo, senadores serios, de anchas testuces y de cráneo liso, yo os aconsejo que temáis las cortas luchas del Circo.

Mirad que ansia el gladiador más campo en que hacer gala de sus largos bríos; cuidad que el fuego que encendéis no quemé vuestros vestidos.

Juzgáis que es sólo diversión y juego el entusiasmo con que bajo al Circo; ¡no veis que juego mi existencia propia por divertirlos!

¡Oh, con qué calma, omnipotente César, con qué prudencia, ciudadanos míos, desde las gradas se discute el mérito de los vencidos!

Pero... ¿hasta cuándo durará la fiesta? —Ya los cachorros adquirieron bríos, ya, ciudadanos, es temible el golpe de sus colmillos.

¡Mirad que el brazo ejercitado tienden, que son del pueblo los mejores hijos! ¡Ved que el robusto gladiador se cansa de divertirlos!

¡Ave, imperator!, y desciende al ruedo! Tus gladiadores lucharán contigo; si caes con gracia escucharás los vivas de tus patricios.

¡Bien, compañeros! Nuestros buenos dueños tienen el cuello tan redondo y limpio, que es imposible equivocar el golpe:

¡Salve y al Circo!

Bastante tiempo contemplaron ellos nuestros alardes de un valor sombrío; —ya se trocaron los papeles: vedlos desfavoridos.

Aquel se abraza á sus mujeres blancas y el rostro escondé entre los pechos tibios; pálido el otro nos ofrece quintas, joyas y vino.

Los elegantes con la prisa arrugan la larga tela de sus trajes ricos; y hay hombre obeso que, cayendo, lanza débiles gritos.

Os aseguro que va á ser la fiesta de lo más grande que jamás se ha visto: Dueño del mundo: el gladiador te refa. ¡Ave, y desciende á disputarle el Circo!

E. MARQUINA

EN VACACIONES

Suspendidas las sesiones en ambas Cámaras, los representantes del país discurren tranquilamente por el salón de conferencias ó se quedan en casa á jugar al tute con la familia.

Los que poseen recursos salen á veranear; los que no, guardan en la sombrerera el *chito* ó

sombrero de copa, y se entregan al hongo, que es más fresco.

Y he aquí cómo los que anteayer pedían la palabra en el palacio de las leyes para conmover, al país, platican hoy como unos simples mortales con las camareras de las horchaterías ó se van al Prado á hacer el amor á las aguadoras.

Y á lo mejor resulta que una aguadora le falta al respeto á un señorito y acaba por darle en la cabeza con un plato lleno de merengues; prodúcese un escándalo, preséntanse los guardias, el público se impresiona, los chicos huyen asustados, y después de todo esto sacamos en consecuencia que el señorito en cuestión es un diputado en vacaciones, con cazadora de alpaca y zapatos blancos.

—Queda usted detenido por escandaloso—dice uno del orden.

—¿Quién, yo?—contesta el interesado. —¿Sabe usted con quién habla?... Pues bien, yo soy individuo nato de la comisión de aranceles y autor de un voto particular contra la base segunda.

Los guardias huyen despavoridos y el autor del voto particular se limpia la cara, que chorrea merengue.

En estos tiempos de vacaciones no sabe uno con quién habla, y cuando menos se piensa tropezamos con un representante del país embutido en un terno de siete duros, que entra en una buñolería á tomar café económico ó sigue por la calle del Bastero á una doméstica robusta, natural de Jdraque.

—¡Cielos! Aquel es Chaparro, el orador elocuente. Parece mentira que un hombre como él, impugnador infatigable de la ley del censo, persiga á una criada con moño de picaporte—decimos al verle.

Y, sin embargo, esto ocurre mientras dura el interregno parlamentario.

Para bien ser, todos los representantes del país deberían pasar el verano en sus respectivos distritos. Allí sí que desempeñan su interesante papel con éxito excelente.

Dígalo, si no, Cerotillo, el diputado por Villaherradura, que llegó allí el día 8 y le recibieron con cohetes y gaitas del país. Después le llevaron al Ayuntamiento constitucional, donde fué obsequiado con sangría y mostachones.

—¡Viva nuestro *dino diputado*!—gritó el alcalde, subiéndose á una silla.

—*Cable, cable*—dijo el pueblo en masa.

Y Cerotillo pronunció una especie de discurso, ó más bien maullido, según declara un testigo presencial.

—*¡Eletores*—dijo el orador: —*Os agradezco* muy mucho vuestros *osequios*; lo cual que no esperaba menos de vosotros. Eso es, porque... entiendo yo... que estos *osequios* son para *oseguirme*... eso es... y yo vengo aquí á daros cuenta de mi *conduta* en las Cortes... eso es... y entiendo yo que el país lo que quiere son carreteras... eso es... y canales de riego, y voy á concluir.

—No, no—gritaron varios parientes del orador— *Cable, cable*.

—*Eletores*—siguió diciendo Cerotillo—: Entiendo yo... eso es... que el *deputao* se debe al distrito, y todos sabéis cuál ha sido mi *conduta* en las Cortes... eso es...

Al llegar á este hermoso periodo del discurso, el alcalde se fué derecho á Cerotillo y le abrazó; uno de los concejales, lleno de júbilo, le hizo beber un vaso de sangría, y otro, en el colmo del entusiasmo, le dió dos ó tres cachetes en el cogote, á guisa de demostración cariñosa, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Viva el *deputado*! ¡Viva España! ¡Viva Villaherradura!

A todo esto, la diputada no hacía más que secarse los ojos con una servilleta, á causa de la emoción que sentía por aquellas demostraciones de amor á su esposo, y Cerotillo, al verla llorar, se fué á ella como un demente y la abrazó delante de todo el cuerpo electoral.

¡Puede haber nada más hermoso que estas manifestaciones rurales! Cerotillo no ha hecho nada en pro del país, pero que le quiten los cohetes, las gaitas, la sangría y los mostachones recibidos...

LUIS TABOADA

DON QUIJOTE



Canalejas.—¿Me lo pongo ó no me lo pongo?



Don Práxedes.—¿Me parece, querido Segis, que se me ha indigestado el banquete á Canalejas?
Don Segis.—¿Y á mi también, señor Presidente!



Eloy Gonzalo, reflexionando desde su estatua:
—¿Si me dejaran vaciar mi lata de petróleo donde yo se!



Garibaldi.—¿A ver cuando me condecoran á mi!



La actitud de N. P. U.
(Fábula política)

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE DON PRÁXEDES (1)



—Señorito, Don Quijote.



—¡Toma Don Quijote!
1) La explicación en primera plana.



Presento á ustedes el cursi de mayor circulación de España.



Don Práxedes.—¿Dejad que los frailes vengan á mi!

D. Hermógenes

EL COLILLA Y DON PRÁXEDES

Lloroso de indignación, ha llegado á esta casa un humilde vendedor de periódicos, apodado *El Colilla*—casi socio, por tanto, de la Tabacalera—á contarnos lo siguiente:

Habla *El Colilla*:

—Pues verá usted; había yo echado *media mano* de *Don Quijote*, y estaba pregonando que pregonaba por la Puerta del Sol, por la calle de Alcalá, por la de San Jerónimo, cuando, al llegar cerca de la plaza de las Cortes, ¡pum!, diviso al señor Sagasta, y me digo: «Voy á ver si le cuento un *Quijote* al Presidente. Y me llevo á él, y le grito: «*Don Quijote*, que viene bueno!». Y el *socio* va y me mira con unos ojos que daban miedo, y levanta el palo y lo deja caer sobre mí y me rompe el periódico y me echa á la cara esta frase: — ¡Toma, *Don Quijote*!».

Y el *Colilla*, para demostrarnos la verdad de sus palabras, nos enseñó un número del periódico hecho pedazos por el bastón de D. Práxedes.

Y después dijo algo—una brutalidad muy hermosa—que nosotros no repetimos por no herir los castos oídos del señor fiscal de S. M.

Nos consta que el hecho referido por *El Colilla* es absolutamente cierto.

Y procuraremos—y esto está dicho muy en serio—vengarle, en la medida de nuestras fuerzas, de la injuria de que le ha hecho víctima el señor Sagasta.

LA ARISTOCRACIA

Toda mi plebeya sangre se enciende cuando atacan sistemáticamente á esta inofensiva clase.

Comprendo que allá en plena Edad Media, cuando sus miembros eran señores de vidas y haciendas, y tanto les importaba ahorcar un vasallo, como profanar una abadía, como deshonorar una villana, fuesen objeto de odio y execración; mas que hoy, consagrados como están á vestirse á la moda, ir á los toros, matar pichones y patinar, sean blanco de ataques más ó menos duros, eso no lo comprendo.

De mí se dice, que al verlos dedicados á matar pichones mientras los plebeyos matamos privilegios y algo más; á ir á los toros cuando vamos á las Academias y Ateneos; á correr por el hielo en tanto que corremos por el sendero de la ciencia, y á pensar en el lazo de la corbata mientras apretamos los lazos de unión de los pueblos, los miro con simpatía, con cariño, hasta con agradecimiento, cual si á ellos debiera lo poco que soy y valgo.

Y no ando tan descaminado como á primera vista parece. ¿Qué sería de nosotros los plebeyos, si la aristocracia, en vez de ocuparse en tales pasatiempos, entrase de lleno en las corrientes modernas, combatiere en pro del derecho y la justicia, ó buscara la verdad científica? No pudiendo hacerle competencia por falta de medios, únicamente algún genio privilegiado ó algún favorecido por la fortuna compartirían con ella la gloria del saber y la dominación.

¿De quién es hoy el mundo? ¿De los que avasallan, de los que oprimen? No: de los que estudian, de los que piensan, de los que trabajan. Unas cuantas líneas escritas en un papel á la opaca y nauseabunda luz de una vela de sebo, arrojadas desde una misera y estrecha buhardilla á la multitud, bastan para trastornar el mundo.

Cada descubrimiento, desde la pólvora al vapor, desde la imprenta á la electricidad, desmorona un lienzo de la muralla del pasado, que sepulta entre sus escombros injusticias y errores, servidumbres y tiranías; y por si fuera poco aún, á lo mejor nos arrogamos los plebeyos la facultad de hacer noble á cualquiera, otorgándole en un pergamino, que el tiempo se encarga de poner amarillento para igualarlo á los otros, el derecho de dedicarse en el porvenir á las mismas distracciones que forman el encanto de los nobles de ahora.

¿Y puede hacer menos la aristocracia que divertirse al son acompasado de la piqueta que derriba el soberbio edificio de su antiguo poder? ¿Dejarse gobernar por nosotros, obedecer las leyes que dictamos, y hasta privarse de sus títulos, si nos viene en mientes disponerlos así? ¿Y podemos nosotros aspirar á más que sujetarla á nuestra voluntad, obligándola á reconocer los fueros del trabajo?

¿Un noble! ¿Qué representa hoy un noble si no tiene otros títulos al respeto y consideración de los plebeyos? Nada. Menos que un plebeyo significaba en los tiempos del feudalismo. Y la prueba es que los plebeyos, á fuerza de protestas aisladas ó colectivas, de bajar á los calabozos ó subir al cadalso, consiguieron abatir la nobleza, y ésta no puede hoy angustiar en nada la influencia y el poder de aquellos.

¿Quién le hubiera dicho á los esforzados campeones de la Reconquista, que sus inexpugnables castillos habrían de ser arrasados por el invento de un plebeyo, su soberbia humillada por muchos, sus privilegios destrozados por un refor-

mador, y que los hijos de los villanos despreciados, humillados y colgados por ellos, llegarían á sobreponerse á sus ilustres hijos? ¡Ellos, que luchaban con reyes y los vencían, y que no tenían más ley que sus fueros ni más pragmáticas que su voluntad!

Al pensar en esto y en los esfuerzos realizados por nuestros ilustres ascendientes los plebeyos para llegar á este resultado, me enorgullezco, y entonaría un himno en alabanza suya, si fuese poeta.

Hoy no apreciamos bien sus esfuerzos, porque al nacer encontramos ya establecido un orden social que nos permite disponer de nuestro individuo, ni pensamos siquiera en que este derecho ha sido conquistado con lágrimas y sangre. Pero ¡ay! si hubiéramos nacido en aquellos tiempos terribles en que el señor era árbitro de la vida y la honra del vasallo, y éste luchaba por conservar á su dueño un pedazo de tierra donde su mujer pudiera llorar su deshonra y sus hijos ocultar su oprobio, bendeceríamos de rodillas á los oscuros héroes de nuestra redención.

JOSÉ NAKENS

A CHORROS

Bajo un sol de medio día que achicharra, funde y tuesta, los morrales á la espalda, las hoces en bandolera, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas cuadrillas de segadores que habrán de regar la tierra con su sudor, obedientes á la maldición eterna que da pan al que trabaja y gallinas al que huelga. En procesión incesante los grupos pasan, se alejan, y en las colinas peladas se pierden en manchas negras. Vienen del Norte, bajando de las empinadas sierras con sus sombreros de paja y sus zuecos de madera, y así cruzan por la corte, sirviendo de escarnio y befa, silenciosos, tristes, lacios, con sus guñapos á cuestas. De pronto invade el camino la multitud vocinglera que va acudiendo á la plaza en oleadas inmensas.

Fustas, pitos, cascabeles, restallan, silban y suenan; los caballos se desbocan, los carruajes se atropellan y avanza la muchedumbre de loco entusiasmo ebria, con el ansia de los góces que brinda una tarde espléndida. Entre aquel torrente humano, perdida, confusa, envuelta, la cuadrilla, avanza siempre desmenuzada y deshecha; pero ya sus puntos tristes al conjunto alegre mezcla, aumentando el contingente de devotos de la gresca. Luego, cuando el sol se oculta, la multitud se dispersa entre el incesante estrépito de trallas, pitos y ruedas... Y poco á poco, allá lejos, por plazas y callejuelas se va extinguiendo en rumores el estruendo de la fiesta. La ancha avenida del circo triste y solitaria queda, y solos, como fantasmas que surgen en las tinieblas, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas, los morrales á la espalda, las hoces en bandolera, los infelices obreros que van á regar la tierra, con el sudor de sus frentes marcadas por la miseria...

SINESIO DELGADO

LO QUE COMEN NUESTROS POLÍTICOS

Sagasta.—Atún, congrio y percebes.
Silvela.—Chuletas á lo Cánovas, sesos de Angiolillo y manitas en salsa á lo duque de Tetuán.
Moret. Come muy poco, ¡porque como tiene su casa hipotecada!...
Dato.—Judías á lo Bauer.
Romero Robledo.—¡Ayuna!
Villaverde.—Conejo (en todas sus manifestaciones).
Montero Ríos.—Después de haberse comido á Lourizán!...
Canalejas.—Ha perdido por completo el apetito.

Nocedal.—Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo.

Weyler.—Soldados de Pavia.

Duque de Tetuán.—¡Se come los niños crudos!

Maura.—Pan de Boecillo.

López Domínguez.—Alpiste y cañamones.

Veragua.—Carne de toro.

Aguilera.—¡Se come todo lo que le ponen por delante!

Barroso.—¡Come más que Aguilera!

Barrio y Mier.—¡Criadillas!

Azcárraga.—Carne de cerdo.

Pidal y Mon.—Pollas en vinagre.

Urdiz.—No come más que lo preciso.

Nacarrozreverter.—¡Tiene buen diente!

Almodóvar.—Pasteles.

Vega Armijo.—Caramelos del Congreso.

Mellado.—¡No le dejan comer!

Primo de Rivera.—Se alimenta de sus laureles.

Sánchez Toca.—Se contenta con oler en donde guisan.

Puigercer.—Supiros de las monjas... Vallecas

Rodríguez.—Se alimenta sólo de leche.

D. Manuel Arango.

Hemos recibido la visita de nuestro buen amigo y correligionario D. Manuel Arango, que después de muchos años de ausencia vuelve á la patria, decidido á luchar por el triunfo de sus ideales.

Manuel Arango es una voluntad y una inteligencia. ¡Si todos fueran como él!...

Reciba el querido correligionario nuestro saludo de bienvenida.

GALANTERIAS DE LA BIBLIA

LOS DIABLOS

Satán enseña en los infiernos las diversas empresas de los ángeles. Con frecuencia se levanta de su trono.

—Sobre las hijas de la hermosa Eva—dice—únicamente nosotros tenemos derecho. ¿Qué sería de ellas sin mi manzana? Dispensémosles sus gustos infieles; pero al menos tomemos parte en su elección.

¡Ellos vienen! Estos rivales extraños algunas veces suplantán á los ángeles.

Tú, pues, que quieres fijar el amor, sé ángel ó demonio alternativamente.

Los diablos no se andan con rodeos: son bruscos y temerarios. Nada de suspiros, nada de languidez, de cuidados, ni continuas intrigas; van al hecho, y, llenos de ardor, el hecho los justifica siempre.

Si en la cita algún amante hace esperar á su querida, llega un diablo prontamente y aprovecha el momento feliz ofrecido en vano á la pereza.

Se atreve un marido á encerrar bajo la celosa llave á la esposa tímida cuyo sustento olvida? Satán castigará ese ultraje. Conducido por los vientos, viene en medio de relámpagos, desciende con el rayo del seno de las entreabiertas nubes, rompe los cerrojos, tranquiliza á la trémula esposa, y repite:

—¡Aviso á los celosos!

Cuando en una fiesta el sacrificio se aproxima y el solemne incienso perfuma el campestre altar, aparecen los demonios armados y lanzan el grito de combate.

Huye un sexo: á pesar de sus lágrimas, los diablos detienen los pasos del más débil. La debilidad constituye un poder, y entonces principia otra fiesta, fiesta de amor y de placer que no debería acabar nunca.

En la sombra de la noche los diablos se reúnen algunas veces, y sin remordimiento, sus manos culpables abrasan los techos de alguna aldea, salvan á las doncellas y á las casadas las consuelan hasta el día. ¡Extraño y terrible amor!

Así como hay demonios hembras, hay también ángeles femeninos, y por despecho *ests* inmortales reciben besos humanos.

La noche sorprende en un bosque solitario á un joven cazador; temeroso y espantado, dirige una viva plegaria. Lucinda aparece de repente. ¡Dulce sorpresa! Ya menos tímido, retiene en la selva hasta el alba á su amable guía. El adolescente, en su sueño, ve una amante divina. Sus ojos se abren: es *Susurrina*, que abrevia y encanta su sueño.

Lleno de fiel ternura, un amante canta en la sombra de los bosques desiertos, y en sus versos compara su querida á los ángeles. Pasa *Pudorina*; él persigue su belleza, sus nuevas gracias; sorda y ligera, huye; pero él tiene las alas del deseo.

Siguen los combates amorosos; ruborizándose ella, extiende sobre sus encantos la mano protectora. La suerte injusta le hace traición; da un paso en falso; resbala, cae... y ¡por aquí se acaba siempre!

Los habitantes jóvenes del cielo eligen para sus citas los bosquecillos; la luz débil y dulce, un ta-

piz de flores odoríficas... Economizan la felicidad, aman las tiernas confidencias, los dulces suspiros escapados del corazón, la flauta y los romances largos.

Las fieras beldades del infierno exigen otras voluptuosidades: necesitan áridas rocas, la ardiente arena de los desiertos, los viejos troncos cubiertos de musgo y el ruido de los precipitados torrentes; prefieren á los suspiros el agrio graznido de los pájaros salvajes. Nada intimida sus deseos; en vano ruge la tempestad; ¡la centella ilumina sus placeres!

Los favores de aquellos inmortales no tenían ningún peligro para ellas; pero los dulces transportes de los ángeles, y los de los diablos, menos dulces y más fuertes; hicieron de nuestras vírgenes madres, y entonces nacieron los gigantes, sacando los gustos de sus padres.

La fuerza no escucha á la razón. Nada de leyes.

En cierta aldea, cuyo nombre olvida la historia, hay una costumbre culpable. Cuando la noche cubre los cielos con sus velos oficiosos, todas las mujeres, todas digo, penetran en las revueltas de un espeso bosque y pueblan sus caminos.

Los hombres llegan después... El silencio sella todas las bocas... La mano busca y toca al azar... ¿Ha elegido? Las negativas están prohibidas como un crimen.

Después de esta extraña mezcla se separan sin conocerse, y el primer rayo de sol los sorprende en un sueño feliz.

Todo cambia.

El orden, la decencia, el tierno amor, los cuidados, la eterna constancia, se reservan para el día.

Con frecuencia el mal tiene alas, mientras que el bien es cojo. Estas gentes son poco escrupulosas.

Otros se divertían como ellos; muchos sobrepujaban sus modelos. Pronto la abominación que sigue á la corrupción se extendió y cubrió la tierra y Dios, en su justa cólera, exclamó:

— ¡Impetuosos huracanes, cargados de granizo y de lluvia, soplad sobre esa tierra impia y ahogad todos sus habitantes. Me equivoqué al crear esa especie ávida del fruto prohibido. Me arrepiento, lo confieso; y, sin embargo, todo lo había previsto.

Noé, sus hijos y su arca fueron el precioso molde de donde salió un mundo nuevo, que siguió la marcha del antiguo.

¡El hombre, depravándose siempre, aun á riesgo de un segundo diluvio, fué ante las mismas barbas de su enojado juez más libertino que antes!

EVARISTO PARNY

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

— ¡Qué hermosa cabellera la de la condesa...!
— ¡Una cabellera merovingia, que diría un modernista! — ¡Efectos del *Petróleo Gal*, amigo mío!

¿Queréis gastar bien vuestro dinero? ¡oh jóvenes que vais camino del tálamo! Pues visitad el gran establecimiento de muebles de *A. Vallejo, Alcalá, 17*.

Todos los grandes tratadistas económicos lo aconsejan: ¡Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*!

¡La felicidad! ¿Dónde está la felicidad? ¡Ah!, no lo dudeis; la felicidad está en una botella—ó en varias botellas—del rico *Anis del Mono*.

LA FRANCESA

¡Qué gran bien ha hecho á la humanidad el inventor de los preservativos higiénicos! ¿Y dónde se venden esos preservativos? Pues en el gran estalecimiento *La Francesa, Paz, 1*.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.